

AZET-SIRT

EL REY Y LA RESISTENCIA

VOL. 1

JOSUÉ ORTÍZ

EDITORIAL
EBI

AZET-SIRT

EL REY Y LA RESISTENCIA

Azet-sirt: el Rey y la resistencia

© 2026 Josué Ortíz

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

© 2026

EY-102

ISBN 978-1-964427-50-8

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd.

Sebring, FL 33870

www.editorialebi.com

(863) 382-6350

Impreso en Colombia

INTRODUCCIÓN

¿Una buena historia?

A todos nos gusta leer un libro que tenga una *buena historia*. Una historia que te envuelva con descripciones, que te transporte al lugar de los hechos y que te conecte con los personajes y con sus vidas—esos libros son maravillosos.

Y sin embargo, desde este momento te tengo que decir que este libro no es uno de esos libros—mi libro no contiene *una buena historia*. Si solo quieres *una buena historia*, lamento decirte que en tus manos tienes el libro equivocado, ¡pero no avientes mi libro a la basura todavía! Te tengo una buena noticia: mi libro tiene algo *mucho mejor* que una buena historia, mi libro te contará *¡la mejor historia del mundo, del universo, de las galaxias!*

Este libro no es solo una historia de fantasía que yo haya sacado de mi imaginación y que no sea real. Bueno—los personajes, las ciudades, los nombres y *parte* de la historia sí la he inventado yo. Esa parte sí es ficción.

Pero conforme vayas leyendo este libro, no dejes de observar cuidadosamente todos los detalles que vayas encontrando. Detrás de la historia que estoy por contarte, está la historia más magnífica que jamás haya sido contada. Cada parte de este libro descansa en esa increíble y perfecta historia. Cada capítulo de este libro está diseñado para hacerte ver la realidad del *Rey y su reino*. Una



realidad que llegamos a olvidar tan fácilmente pero que yo no quiero que ignores.

¿La mejor parte de esta historia? ¡Todo es real! El Rey y su reino es real, visible, permanente y ¡tú puedes ser parte de esto! Si quieres, olvida los nombres de los personajes que he inventado en este libro. Si quieres, olvida los detalles de la historia que yo he creado.

Pero jamás nunca olvides—ni por un segundo—que el Rey ha venido a perdonar y rescatar a todo aquél que en Él crea. No ignores—ni permitas que alguien te obligue a ignorar—que has sido creado con un propósito. No estás en la tierra solo por coincidencia, por accidente. El reino del Rey es aquí y es ahora. La única pregunta es, ¿eres parte de este reino?

¿A cuál reino me refiero? ¿De qué Rey te estoy hablando? Bueno, te lo podría explicar de muchas maneras, pero he elegido una muy especial. Permíteme hablarte de *Azet-sirt: el Rey y la Resistencia*. ¿Listo? Aquí vamos.

*Para Natanya, Santiago y Sebastián. Mis
guerreros, mis valientes, mis tesoros. Que mi
Rey sea el suyo. Que conozcan al que los formó.
Y que en su eterno reino estén eternamente.*

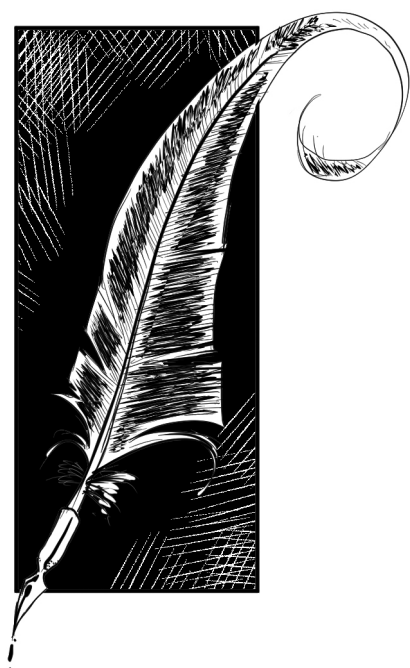


ÍNDICE

Parte 1: La Llegada	15
Capítulo 1 Un Difícil Despertar	17
Capítulo 2 Azet-Sirt	41
Capítulo 3 Esta Es Tu Historia	53
Capítulo 4 Zoltec, La Gran Escuela	71
Capítulo 5 La Ceremonia	105
Capítulo 6 Vida en Zoltec	113
Capítulo 7 Un Nuevo Club	125
 Parte 2: La Realidad	 137
Capítulo 8 Un Rescate Oportuno	139
Capítulo 9 El Comienzo del Fin	149
Capítulo 10 Una Visita Inesperada	155
Capítulo 11 Les Tengo Una Historia	173
Capítulo 12 El Primer Enfrentamiento	179

PARTE 1

LA LLEGADA





1

UN DIFÍCIL DESPERTAR

Perdido en el Bosque Oscuro

Era una noche oscura y fría, sin estrellas y con diminutas gotas de agua que caían de los cielos, una clase de rocío que descendía lenta y suavemente hacia donde estaba él. Las pequeñas gotas que bajaban se colocaban sobre las hojas caídas en el suelo. Había una helada corriente de viento que venía del norte, y que se deslizaba sutilmente entre los árboles, sus hojas y sus troncos, haciendo que todo el bosque cantara una hermosa armonía al unísono. Largas enredaderas habían invadido todos los árboles, abrazándolos con sus extensos brazos que iban girando alrededor del tronco desde el suelo y hasta arriba. Las copas de los árboles eran tan altas que la luz de afuera no podía pasar. Era un bosque solitario, alejado de las ciudades, abandonado por todos. Nadie se atrevía a entrar, pues era un lugar prohibido. Decían que había bestias salvajes y criaturas que devoraban a las personas que cometían el error de caminar por ahí.

Todo comenzó esa fría noche. Para muchos sería una noche más, para él, sería el comienzo de una vida, *una nueva vida*. Lentamente abrió sus ojos, pero se sentían tan pesados por el cansancio extremo



que entonces los cerró casi de inmediato. Minutos después los volvió a abrir. Veía borroso. Parpadeaba rápidamente. Seguía borroso. No sabía dónde estaba ni lo que estaba por ocurrir, pero sería la aventura más grande de todos los tiempos.

La obscuridad de la noche le hacía más difícil la tarea de observar a su alrededor, pero poco a poco sus ojos se ajustaron a las tinieblas y ya podía ver más claramente. Observaba las pequeñas gotas de lluvia descender tan lentamente, que más bien parecían copos de nieve, y las sentía reposar sobre su cara para luego deslizarse sobre sus mejillas, acariciando su rostro con frescura y suavidad en su viaje hacia el suelo.

Estaba tirado en el suelo, un poco mojado por la ligera lluvia que aún descendía. No podía mover sus piernas, pero sentía un dolor agudo. Le dolía un poco la cabeza también—como si se hubiera golpeado fuertemente. No podía hablar. La garganta la tenía seca, a penas podía tragar saliva. Le faltaba la respiración. Sus brazos estaban totalmente extendidos sobre el suelo, como listos para abrazar a alguien, pero esa fría y oscura noche no abrazarían a nadie.

Trató de levantar sus brazos pero aún estaban muy débiles. Así que sus dedos se comenzaron a mover, tratando de averiguar qué era aquello que las puntas de sus dedos sentían. Era polvo, tierra, hojas de árboles, y por el agua que se acumulaba allí, también había lodo. Después de unos minutos pudo levantar sus brazos y llevó sus manos hacia su rostro para frotar sus ojos. Mientras se frotaba, sus manos sucias de lodo, pintaban su cara de esa tierra mojada que olía a lluvia recién caída. Tirado en el suelo trataba—pero no podía—mover la cabeza para ver qué había a su alrededor. Estaba acostado boca arriba y solo podía ver el cielo.

Pero el cielo de este bosque no era un cielo normal, no era un cielo hermoso. Era un cielo rojo que al verlo transmitía miedo por

la densa y triste obscuridad que reinaba en ese lugar. Sus oídos se dieron cuenta de algo más. Algo que lo tomó por sorpresa. Se oían ruidos extraños a lo lejos. Como de bestias salvajes y seres extraños—gruñidos, peleas y mucho llanto de animales. No podía ver bien. Estaba oscuro—muy oscuro—sin estrellas, sin luz y sin luna.

Aún así, a lo lejos se dibujaban las formas de nubes, pero no eran normales, sino muy extrañas. Estas nubes eran grandes círculos flotantes que se movían velozmente en la inmensidad del oscuro cielo. Nada de lo que estaba pasando parecía normal. Ahí estaba él. Tirado en el suelo, sin poder levantarse y viendo las extrañas nubes circulares deslizarse frente a él. De pronto, escuchó el soplar de un gran viento que rápidamente se acercaba hacia él. Polvo, hojas secas y pequeñas rocas comenzaron a llover por donde él estaba. Incluso la tierra comenzó a temblar. El viento soplaba tan fuertemente que los árboles que había a su alrededor se movían violentamente de un lado a otro. Pero este viento no refrescaba, sino que ahogaba, le hacía toser. Era un viento seco, amargo y cruel. Tuvo que cerrar sus ojos porque le ardían, y tratando de proteger su rostro, cubrió su cara con sus dos manos.

«¿Dónde estoy?», se preguntaba confundido y con dolor en todo su cuerpo.

Tirado, olvidado y débil, sintió una profunda tristeza que lo invadió por completo. No sabía por qué estaba tan triste pues no tenía memorias de su pasado. Ni su nombre, ni de dónde venía, ni cómo llegó allí o hacia dónde iba. Se sentía solo, abandonado, huérfano. Sentía gran impotencia por no recordar nada. Como cuando despiertas de un sueño, uno que estabas disfrutando, uno que te estaba encantando, pero que ya despierto no lo puedes recordar, así se sentía él—quería saber quién era, pero le era imposible. Por la frustración, y por la condición en la que estaba, lágrimas de tristeza



salían de sus ojos que se mezclaban con la lluvia. Como el suave caer de un pétalo de rosa, así sus lágrimas descendían hacia el suelo para desaparecer entre la tierra y el polvo. Su rostro estaba tan sucio que las lágrimas dejaban líneas de lodo sobre su cara.

Se preguntaba quién lo habría dejado allí y fue entonces que decenas de preguntas corrieron por su cabeza angustiándose por no entender nada. Entre más pensaba en todo lo que no sabía, mayor era su miedo, y aunque no sabía qué estaba ocurriendo, su tristeza lo congelaba, lo paralizaba. Era una tristeza que corría de pies a cabeza.

Su llanto comenzó a caer más rápidamente hacia el suelo. Su pecho se agitaba por el llorar desconsolado de su alma y sollozaba con tanto dolor que le faltaba el aire. Con cada lágrima que salía de sus ojos, un pedazo de alma caía al suelo.

«Estoy solo», pensaba entre sí, «¿Por qué estoy abandonado?»

Después de varias horas de estar tirado en el suelo, su llanto se detuvo. No porque no estuviera triste, sino porque se le acabaron las lágrimas. Se debió haber quedado dormido otra vez. Tanto llorar lo había dejado sin la poca energía que tenía. No supo cuánto durmió, pero cuando abrió los ojos sintió que tenía las fuerzas necesarias para levantarse y lo intentó no tanto por deseo, sino por necesidad—algo lo impulsó a buscar respuestas. Si por él hubiera sido, habría elegido morir allí. De hecho, él ya se sentía muerto.

Primero se volteó boca abajo—impulsándose de un lado hacia el otro hasta que logró voltearse. Una vez boca abajo, comenzó la difícil tarea de flexionar sus rodillas y codos. Sus brazos temblaban al tratar de levantarse, sus piernas le dolían y sus músculos se cansaban rápidamente por el esfuerzo. Comenzó a sudar por el increíble reto y como si hubiese sido lo más difícil que jamás haya hecho, finalmente logró ponerse de pie. Su respiración era rápida—muy rápida—como si hubiere corrido por horas.

Ya estaba de pie, pero sus piernas se tambaleaban como cuando un bebé trata de caminar por primera vez—y es que para él, era la primera vez que se ponía de pie. Y para ayudar a sus débiles piernas, y porque no quería caerse al suelo otra vez, recargó sus manos sobre uno de los muchos árboles que estaba cerca. Pero no puso sus manos sobre *cualquier* árbol. Este árbol era uno de los más grandes, su tronco era ancho y fuerte, y sus ramas eran largas y esplendorosas. Era un árbol como ningún otro, porque de sus ramas no solo colgaba un tipo de fruta, sino que había muchos sabores y aromas que ofrecían deliciosos manjares. El tronco parecía duro y áspero a primera vista, pero cuando puso sus dos manos sobre el árbol, sintió la suavidad que sientes al tocar esponjosos algodones.

Había cientos de árboles a su alrededor. Él no lo sabía, pero no estaba en cualquier bosque, él estaba en el *Reino del Bosque Oscuro*. El Reino del Bosque Oscuro es un extraño lugar, con extrañas criaturas y extraños eventos. Había muchos pueblos y aldeas dentro del reino, pero ninguno se comparaba con la ciudad más grande de todas, la grandiosa y esplendorosa *Azet-sirt*.



Azet-sirt era una ciudad grandísima, llena de impresionantes edificios, grandes naves, peligrosos dragones, miles de personas, cientos de niños y toda clase de animales míticos y fantásticos. Su gran ejército controlaba *el reino*. Todos los pueblos habían sido conquistados por ellos cientos de años atrás en una sangrienta guerra que tomó la vida de muchos valientes. Azet-sirt se había convertido en la ciudad que reinaba con inmensa autoridad en todo el Reino del Bosque Oscuro.

Todos los ciudadanos del Bosque Oscuro, y especialmente los Azetsianos, eran personas que por fuera parecía que todo estaba



bien, pero por dentro había un gran y triste vacío en sus corazones. Era la *gran ciudad de Azet-sirt*, ¿qué más les podía faltar? Lo tenían todo. Poder, fuerza, gloria, majestad y prosperidad, pero aun con todo eso, algo les faltaba.

El gobernante supremo de Azet-sirt, y por lo tanto, de todo el reino, era el gran Príncipe. Un ser lleno de poder y grandeza. Su riqueza y majestad era sin igual. Su prosperidad era incomparable y por eso, Azet-sirt era una ciudad llena de tesoros y placeres que se ofrecían diariamente a todos sus ciudadanos. Nadie lo había visto en persona, pero *todos sentían* su existencia. Su magia era real y el control sobre sus ciudadanos era innegable. El gran Príncipe era temido y respetado por todos. Nadie se le oponía, nunca.

En la *Gran Guerra*, hace cientos de años atrás, el Príncipe había juntado un gran ejército imposible de contar con números humanos, un ejército que tenía más soldados que la arena del mar, y que brutalmente invadía pueblo por pueblo aplastando a todos sus enemigos con intensa superioridad. Con magia nunca antes vista por los humanos, destruía y conquistaba con aparente facilidad a todas sus víctimas. Decenas de Resistencias se habían levantado en su contra, pero ninguna pudo vencerlo. Entre más pueblos conquistaba, más crecía su poder e influencia. Asesinaba a sus adversarios con frialdad y astucia, y luego premiaba a los que habían luchado a su lado. El Príncipe quería conquistar todos los pueblos de la tierra, y se dedicaba a eso todos los días con gran determinación y mucha violencia, pero *Azet-sirt* era la ciudad que más añoraba poseer. No sabemos por qué estaba tan obsesionado con esa ciudad. Algunos piensan que es porque Azet-sirt está en el centro del mundo—desde allí podría controlar todos los reinos de la tierra. Algunos otros piensan que es por los grandes ríos y hermosos mares que la rodean, y otros piensan que el Príncipe estaba fascinado con una leyenda antigua que decía que el monarca

de Azet-sirt, un día también reinaría todo el mundo. Pero lo cierto es que el Príncipe estaba enamorado y necio por tenerla bajo su dominio.

En ese entonces, la ciudad estaba protegida por una gran muralla, impenetrable, fortalecida con grandes piedras que resistirían cualquier ataque. Sobre sus murallas había cientos de soldados que vigilaban los alrededores. Había miles de centinelas observando y cuidando durante cada minuto del día, y si alguien se acercaba sin permiso o sin identificarse, los arqueros disparaban con gruesas flechas encendidas con fuego que parecían más antorchas que flechas. Si el Príncipe habría de conquistar Azet-sirt, necesitaría una buena estrategia. Y eso fue exactamente lo que hizo.

Una noche, mientras todos dormían, el Príncipe y tres soldados más, lograron entrar a la ciudad sin que *nadie* los detuviese. ¿Cómo? *Por debajo* de las paredes de esta espectacular muralla. Encontraron que el imponente muro tenía una pequeña abertura para dejar que el agua del río entrase a la ciudad. Siempre había unos cuantos soldados vigilando la pequeña entrada, pero esa noche estaban distraídos, sin velar ni guardar sus corazones ante los inminentes ataques del enemigo. Así fue que mientras todos dormían en el calor de sus hogares, y sin que nadie se diera cuenta, el Príncipe y sus tres soldados entraron con total facilidad a la tan deseada ciudad. Podrías preguntarte cómo es que solo cuatro personas pudieron conquistar toda una ciudad, después de todo, no iban armados con arcos o espadas, pero un poco de levadura es suficiente para destruir todo un imperio.

El Príncipe y sus secuaces se quedaron a vivir en Azet-sirt sin que nadie notara su presencia. Vivía entre ellos, vivía como ellos, sutilmente hacía amistades y les mostraba que él no era *tan peligroso* como muchos decían que era, que todos exageraban. Se vestía como un ángel de luz para reclutar a más gente que fuese víctima de sus



engaños. Así fue que Azet-sirt cayó. Después de unos años, dentro de la ciudad había miles de seguidores del Príncipe, y ya sin esperanza de que la ciudad resistiese la conquista, un día el Príncipe convocó a todos sus discípulos para que salieran de sus escondites, ordenó que revelaran sus identidades, que orgullosamente portaran los colores de su movimiento y los que tenían su marca sobre sus frentes vivieron, los que no, fueron brutalmente asesinados en la Plaza Central de la ciudad. Muchos observaron a sus madres, padres o hijos ser fríamente colgados frente a los ojos curiosos de personas que ya tenían corazones de piedra. Miles de personas murieron, y el Príncipe fue famoso por su paciencia y su gran estrategia con la que ganó esta guerra—sin derramar una sola gota de sangre, y sin llevar arma alguna, Azet-sirt fue suya. Conquistó lo que quiso y reconstruyó la ciudad a su gusto, a su modo, creó un reino, *su gran reino*.

Pero desde ese entonces, y ya con todos los pueblos del mundo bajo su poder, en el Reino del Bosque Oscuro hay una estricta regla que nadie puede romper, si la rompes, te llevan a la Plaza Central para ser asesinado con brutalidad demoniaca. La regla es esta: nadie, jamás, nunca, puede hablar del Príncipe. No pueden hablar de su existencia, no pueden mencionar su nombre, ni contar la gran historia de la conquista de Azet-sirt, ni de las muchas formas que toma para esconder su identidad, ni de lo astuto que es. ¡No me mal entiendan! No es que las personas no *sepan de él*, o que *duden* de su existencia. Es solo que no pueden hablar de él en público, pero en sus mentes, en lo más íntimo de su ser, ellos sí saben su nombre y sienten su presencia.



No fue coincidencia que *este* niño haya aparecido en *este* bosque, ni que haya despertado cerca de *este* árbol, y mucho menos que

se haya recargado sobre *este* tronco—nada de esta historia es una coincidencia. Y pasarían muchos años para que pudiera entenderlo todo, pero un día lo entendería.

Tratando de no caerse al suelo otra vez, porque sus piernas estaban tan débiles, puso ambas manos sobre el árbol, y fue entonces que inesperadamente sintió la fuertísima vibración que venía de una voz gruesa, grave y que se parecía más al sonido del trueno de una terrible tormenta. ¡La intensidad del sonido de esta voz lo hizo volver a caerse al suelo mojado y lodoso!

Fue entonces que algo fascinante ocurrió. Lo que primero parecía como solo sonidos estruendosos, ensordecedores y sin sentido, comenzaron a tener significado. Fue como si estuviese aprendiendo otra lengua, un nuevo idioma que antes no sabía pero que de forma inexplicable ahora estaba comprendiendo. Esta voz sobria provocaba respeto y admiración. Sonaba como la voz de un general que dirige e inspira a miles de soldados, o como la voz del sol, si el sol hablara, o la de un volcán, si el volcán pudiera conversar. El niño escuchaba la misma frase una y otra vez, porque la repetía una y otra vez,

«¡*Qué te hace pensar que te puedes recargar en mí!*

¡*Quién te crees para recargarte en mí!*

¡*No soy un mueble, no sabes quién soy!*»

Tirado en el suelo otra vez y muy asustado, el pobre chico gritó con miedo,

«¡*Quién... quién... eres!?*», porque no había nadie a su alrededor.

Veía hacia el cielo porque *parecía* que la voz venía de arriba, pero en cuanto hizo esa pregunta, la ruidosa voz enmudeció por completo. De pronto, lo único que escuchaba era el latido de su propio corazón. Pulsaciones tan rápidas y fuertes que sentía que su corazón saltaría de su pecho en cualquier momento. Una larga



pausa siguió a su pregunta. El chico miraba a su alrededor, tratando de encontrar el origen de la misteriosa voz, pero no veía a nadie. Unos segundos después el silencio se rompió porque la ronca voz se atrevió a hablar otra vez. Aún hablaba con autoridad y seriedad, pero ahora tenía también tintes de emoción mezclada con esperanza.

«Dime que me puedes escuchar, muchacho, por favor dime que no lo estoy imaginando», ordenó con sorpresa esta voz que parecía venir de muy arriba.

«Mmm... No, no lo imaginaste. Ahora tú dime que no me lo estoy imaginando yo», pidió el chico, «¿dónde estás?», preguntó casi susurrando por el temblor que le había venido a todo su cuerpo.

Pero otra pausa de varios segundos siguió. El viento golpeaba a los árboles y sus ramas se movían al son del aire causando pequeños remolinos por todos lados. Los ojos del niño trataban de enfocar su vista en medio de la obscuridad y se frotaba los ojos que se habían vuelto a salpicar de lodo.

«Estoy justo frente a ti», contestó el árbol con un tono suave y tranquilo.

En ese momento, la tierra comenzó a temblar porque el árbol, aún bien plantado en la tierra, se comenzó a mover de un lado al otro. Agitaba sus largas ramas, y las deliciosas frutas que colgaban de ellas caían sobre el niño que estaba debajo sosteniéndose del tronco para no caerse. Las ramas tronaban con un crujir preocupante porque parecía que se iban a romper pero no se rompían, y la voz se intensificaba tanto en volumen como en palabras. Ya no eran solo frases, sino eran gritos, y ya no eran quejas, sino celebraciones. El chico estaba incrédulo. Veía lo que estaba pasando y no lo podía creer. Movía su cabeza de lado a lado, como negando que lo que veía frente a él, realmente estuviese ocurriendo.

«¡Uno más; ¡Uno más; ¡Uno más!», gritaba el árbol.

Si el niño hubiese sabido lo que es aplaudir, hubiera dicho que el árbol estaba aplaudiendo con sus largas ramas que se juntaban de lado a lado para celebrar que había «*uno más*». El mucho viento que provocaba el movimiento incontrolado de las ramas, y los fuertes gritos que emanaban de la ronca voz, provocaron que el niño saltara con sus dos manos en el aire, agitándolas de lado a lado para pedir a su nuevo amigo que dejara de gritar, que dejara de agitarse o si no, moriría de un ataque al corazón. Así fue. El árbol dejó de moverse, la tierra dejó de temblar y la calma regresó otra vez. El chico, cansado por el esfuerzo descomunal que le había tomado calmar al árbol, se sentó en el suelo para recuperar la respiración. Con las piernas cruzadas y ya un poco más tranquilo, le preguntó lo obvio, «¿Qué eres?»

El árbol bajó el volumen de su voz para responder con un poco de cuidado pero con mucho orgullo, «Soy un romisonte».

«¿Un romi...qué?», replicó el chico, «no sé cómo llegué hasta aquí, ni quién me trajo, pero sé que no debería estar hablando con árboles».

«¡Ah! ¡Pero es que no estás hablando con *cualquier* árbol!», respondió un poco ofendido de que el niño haya pensado que éste era un árbol común y corriente.

«Nosotros somos romisontes—la Resistencia del Bosque Oscuro y te estábamos esperando».

«¿Esperándome a mí?», preguntó sorprendido el niño.

Si ya estaba confundido, las palabras del romisonte no ayudaron. Pero al mismo tiempo, y de una manera inesperada, estas palabras también le trajeron un gran sentido de calma. Tal vez estaba por recibir respuestas a sus muchas preguntas y así comenzar a vivir. Sentía su estómago lleno de emoción cuando supo que ya lo esperaban porque esto querría decir que no estaba solo, no estaba abandonado.



Cuando oyó que era esperado, se puso de pie, y colocó sus dos manos sobre el suave tronco. Vio hacia arriba, y fijamente miró la gran copa del árbol, la observaba con el detenimiento de un detective que busca pistas para resolver un caso. Buscaba facciones entre sus ramas o expresiones entre sus hojas que le ayudaran a ver con quién hablaba. Lo hizo así hasta encontrar lo que *parecía un rostro*. No era un rostro humano, pero podía ver su corazón latir a través de las hojas que bailaban al son del latido. Sus ojos conectaron con el alma del árbol y en ese instante sintió la presencia del romisonte en su propio corazón. Sus dos manos acariciaban lo que parecía un tronco de terciopelo y con lágrimas de alegría susurró,

«Dime, querido amigo, ¿por qué dices que ya me esperaban?»

El tronco del árbol y sus hojas comenzaron a brillar con una luz cálida y acogedora e incluso las frutas que habían caído durante la conmoción, se iluminaban en el suelo. Cuando el niño volteó a su alrededor, se dio cuenta que no era el único árbol que resplandecía, sino que había un ejército de árboles brillando con tal intensidad que la oscuridad era vencida en medio de tal resplandor. Era una clase de luz que entraba por los poros de la piel para iluminar el interior de todo su ser. El chico regresó su mirada al romisonte,

«Escucha muy bien lo que te voy a decir porque pronto vendrán por ti para llevarte y pasará mucho tiempo hasta que nos volvamos a encontrar».

Este gran árbol tomó una pausa y con un tono muy serio dijo,

«Todos los días llegan nuevas personas al bosque. Como tú, así aparecen de la nada. El gran príncipe de Azet-sirt envía a su guardia, se los llevan y nunca los volvemos a ver. La mayoría de las personas que aparecen en nuestro bosque tienen ojos pero no ven, oídos pero no oyen. Con ansias, *diariamente*, esperamos encontrar a alguien que sea de nosotros, a alguien que nos pueda escuchar. No

pasa muy seguido. Tú eres el primero este mes—pero cuando pasa, todos nos alegramos».

Este magnífico árbol volvió a tomar una pausa y con evidente alegría dijo,

«Querido amigo, ¡tú eres uno de nosotros! Y cuando llegan personas como tú, ¡entonces sabemos que el reino está cerca!»

«¿Cuál reino?», preguntó el chico.

«¡El reino del legítimo Rey, claro! Por siglos hemos esperado que regrese. Vivimos por él y morimos por él».

«¿Cuál rey?»

Era demasiada información en tan corto tiempo. Pronto entendería más, pero no hoy. El romisonte ya no pudo contestar esa última pregunta porque en ese momento su conversación fue interrumpida por intempestivas naves y violentos dragones que se acercaban con furia hacia ellos. Habían llegado por él.

El niño se llevó las manos a los ojos otra vez, porque muchísimo viento y horribles sonidos hicieron cimbrar el suelo en el que estaba parado. Había naves que sobrevolaban encima de ellos, eran rápidas y maniobraban con acrobacia y terrible velocidad. Dentro de ellas iban peligrosos polteros, guardias de Azet-sirt, que desde la nave disparaban sin detenerse ni un solo instante, y sin disparar a alguien o algo en particular, disparaban a todo y a todos en el bosque. Las copas de los árboles se agitaban de un lado a otro. Polvo volaba en todas direcciones.

Las luces de las naves alumbraban por doquier para asegurarse que nadie escapara. Los dragones que acompañaban a las naves gruñían con tanta furia que el niño se tapó los oídos para soportar el terrible rugir, y hasta uno de ellos lanzaba ardiente fuego a los árboles que estaban cerca del chico. Algunos árboles se empezaron a incendiar y muchos animales salieron de sus nidos y guaridas para huir de las terribles llamas de fuego que velozmente se extendían



por el bosque. Pero era demasiado tarde. Muchos animales estaban atrapados por el fuego infernal y no había por dónde salir. Había, cerca de allí, una familia de imponentes leones—grandes, elegantes, sobrios—pero uno de los dragones los mató a todos con el golpe de su cola, incluyendo a un pequeño cachorro que cayó junto al chico. El rostro moribundo de ese cachorrito se quedaría grabado en su mente para siempre.

Espantado, alzó los ojos y vio a un escuadrón de agresivos polteros que había llegado por él. Llegaron en naves suficientemente grandes como para transportar a cientos de personas. Cinco grandes dragones volaban alrededor protegiendo a los polteros. Una nave aterrizó cerca de donde estaba el chico. Las otras se quedaron en el aire, flotando, esperando por más maldad.

Un grupo de diez polteros bajó de la máquina que había descendido a tierra—cada poltero llevaba consigo largas y filosas espadas. Caminaron en fila hacia donde estaba el niño. Andaban con fuerza y gran velocidad, pero sin decir ni una palabra. Estaba seguro que lo iban a matar. Había tanta rabia en los rostros de estos polteros. Caminaban violentamente. Con cada paso, sus botas marchaban sobre el suelo como queriendo destruirlo, y provocaba que polvo se esparciera por allí. Era un polvo sucio, peligroso y con olor a muerte. La tierra temblaba y el miedo reinaba.

Estos polteros desenvainaron sus largas espadas que llevaban un símbolo circular impreso en ellas. Las agitaban en el aire y una vez que estaban frente a él, los diez polteros levantaron sus espadas y se prepararon para iniciar la muerte. El chico se tiró al suelo, justo delante del romisonte, se llevó ambos brazos a su cabeza por instinto y cerró sus ojos esperando lo inevitable. Pensó que lo iban a matar, pero no fue así—fue peor.

Los polteros comenzaron a usar sus espadas para cortar el gran árbol. Con furia golpeaban al gigante para que cayera al suelo. Lo





sacudían con sus terribles armas y trozos de madera volaban por doquier. Las hojas del árbol llovían en derredor. Las ramas caían y las raíces comenzaban a arrancarse del suelo. Cuando las raíces salían de tierra, provocaban un sonido grave, profundo y doloroso. Los rostros de los polteros estaban llenos de ira, sus ojos se habían hecho más grandes y en sus rostros había sonrisas perversas con gotas de sudor que rodaban sobre sus malévolas facciones. Ellos no escuchaban nada, pero el chico sí—y era demasiado para él.

«¡Ahhhh!», gemía el árbol con intenso dolor.

«¡Qué hacen!», gritaba el chico, «¡déjenlo en paz, no hizo nada!»

«¡Ahhhh! ¡Por favor, no! ¡No lo hagan!», exclamaba el árbol con una voz que temblaba por el dolor intenso de cada golpe.

Los polteros, o no lo podían oír o no les importaba. Con cada golpe de sus filosas espadas, pedazos del árbol y astillas caían sobre la tierra. El chico se dio cuenta de que el árbol estaba llorando porque las hojas de sus ramas caían, una tras otra, como si fueran lágrimas. El gran árbol sollozaba y se torcía del dolor. Sus poderosas ramas tronaban y seguían cayendo a la superficie y todas las frutas caían también y se reventaban al golpear el suelo. Con cada impacto, el árbol moría más y más. En tan solo unos minutos, la tierra estaba llena de sus lágrimas—había hojas por todos lados.

«¿Qué no escuchan su gemir? ¡Está vivo! ¡Lo están lastimando!», les rogaba el chico quien no entendía nada de lo que estaba pasando.

Pero los polteros ni lo volteaban a ver. Otros dos polteros lo tenían bien sujetado y el pobre no podía hacer nada. Solo veía y escuchaba cómo el árbol gemía en un profundo e injusto dolor—lo estaban asesinando frente a sus ojos.

De pronto, ya no nada más era este árbol gimiendo y llorando, sino que todos los árboles que estaban en el bosque también gemían con agudos gritos de tortura y llanto. Los árboles lloraban

amargamente y sus hojas también caían a tierra—era como una cascada de lágrimas.

En ese momento, el cielo se oscureció aún más y se formó una inesperada tormenta, que parecía más un huracán mortal. Fuertísimas ráfagas de aire azotaban sobre ese lugar de tormento y oscuridad, y lo que había sido solo una llovizna se convirtió en una temible tempestad. Las gotas eran muy gruesas y caían con gran velocidad y con mucha sed de venganza por la injusticia cometida. El agua apagó los incendios que habían comenzado con la llegada de los polteros y los animales que habían quedado atrapados lograron escapar para adentrarse al bosque. Mientras iban corriendo hacia la libertad, grandes enredaderas brotaban de la tierra detrás de ellos para construir impenetrables muros que los protegían en su huida.

Con la intensa lluvia, el lodo crecía para formar una rápida corriente de agua, una clase de río que corría por en medio de las piernas de los polteros y el niño. El río fue de menos a más y en solo minutos el agua ya les llegaba a las rodillas y los empujaba con furia y mucha fuerza—les costaba trabajo mantenerse firmes sobre tierra. El cielo se iluminaba con grandes rayos de luz y los gritos del romisonte eran ocultados por el sonar de los truenos. Pero estos truenos no eran normales, sino que se quedaban en el cielo por varios segundos, sonando como el rugir de diez mil leones todos rugiendo a la vez, y la luz de los rayos se quedaba aún más tiempo, iluminando el bosque entero con el resplandecer fulminante de energía y poder. El intenso brillo de los rayos celestiales se reflejaba en las espadas de los polteros que aun con la tormenta seguían con su sangriento plan, matando al romisonte con furia demoniaca—estaban determinados a destruirlo. El viento, el ruido y la lluvia provocaron un caos absoluto. Los polteros se hablaban entre ellos pero no se escuchaban. Incluso, en la conmoción, uno de ellos mató a su compañero por no ver nada entre la densa oscuridad.



El cuerpo del poltero cayó a tierra y fue arrastrado por la corriente de agua que seguía creciendo a gran velocidad. Si querían matar a este árbol, no les quedaba mucho tiempo. Pronto el río crecería hasta el punto que tendrían que salir de allí porque sería imposible permanecer de pie.

Con renovadas fuerzas, los polteros continuaron la matanza, y de la nave que había aterrizado sacaron un arma que lograría exactamente lo que querían: matar al romisonte con mayor velocidad. Era un *lanzatritor*. Un arma que emanaba una clase de láser ultravioleta que con perversa perfección cortaba cualquier cosa que se le pusiera en frente—metales, rocas, *madera*. El poltero que llevaba el *lanzatritor* se acercó con esta poderosa arma. Su rostro, deforme por la ira y el enojo, sonreía demoniacamente. Pero mientras él se esforzaba en acercarse hacia el árbol, la lluvia se intensificó aún más, los truenos y rayos también, y aves, animales e incluso un par de dragones que venían con los polteros se acercaron a ese romisonte para gemir con ferocísimos sonidos, como acompañando al árbol en su dolor y defendiéndolo de los polteros como podían defenderlo. El guardia se preparó para disparar con una expresión de ira enardecida, y las gruesas gotas de lluvia que caían se derretían en el rostro áspero del terrible soldado. Sus pasos se alentaban más y más porque el río crecía a velocidades redobladas, pero con cada paso, el fin estaba más cerca. Venados comenzaron a protestar con saltos nerviosos, los leones rugían con desesperación, las aves aleteaban y muchos otros árboles movían sus ramas con furor. Los romisontes miembros de la Resistencia son muy queridos y amados en el reino animal, y cuando uno de ellos es torturado de esa manera tan cruel, todo el reino animal llora también.

«¡Nooooo!», se escuchaba por todo el bosque. Todos los animales lanzaban un durísimo y frío sonido de tormento y

angustia. Pero parecía que nadie más los podía oír. Solo el chico era testigo de la aflicción y sufrimiento de estos seres. Era como si los polteros estuvieran sordos al llanto de toda la creación. Era como si ignoraran lo que estaba pasando a su alrededor o lo que estaban haciéndole a ese árbol, como si no sintieran o como si alguien más los estuviera controlando. Para cuando el árbol estaba por caer muerto, algo inexplicable sucedió.

De la nada—porque no sabía ni por qué lo estaba haciendo—el chico comenzó a llorar también. Era como si el dolor del romisonte hubiera atravesado su propio corazón. Innumerables lágrimas escapaban de sus ojos por no solo *ver*, sino también *sentir* el dolor del romisonte.

Los guardias lo sujetaban fuertemente, pero comenzó a sollozar tanto que se lo llevaron dentro de la nave porque él trataba de soltarse, y bruscamente se movía de un lado al otro para correr con su amigo a quien recién había conocido. Pero no pudo. Los guardias lo cargaron y, mientras él gritaba de dolor, se lo llevaron hacia la nave. Cuando lo llevaban preso, observó el poderoso *lanzatritor* en acción. Vio la intensa luz del rayo mortal, y fue testigo de cómo lograron partir el árbol en dos sin problema alguno. Vio que el inmenso árbol se dobló ante sus victimarios y cayó a tierra. Era tan grande que los polteros tuvieron que correr entre el agua y la lluvia para no ser aplastados por la inmensidad del tronco que caía muerto delante de ellos. Cuando el tronco azotó sobre la tierra, una gran pared de agua voló hacia ambos lados creando olas que inundaron la nave que había aterrizado en ese lugar. El gigante había caído. Sin ramas. Sin vida. Sin hojas.

«¡Nooo!», gritó el niño con todas sus fuerzas mientras él mismo también se escapaba de sus verdugos para caer de rodillas a tierra.

Se tiró al suelo e innumerables lágrimas brotaban de su corazón, como fugándose de su alma para jamás regresar otra vez. Se sentía



destrozado, y su tormento se impregnaba en el aire donde se respiraba desesperanza y obscuridad. Lloraba sin parar, y sin poder parar, porque en aquel momento aprendió algo que nunca jamás olvidaría: el dolor por la muerte es peor que la misma muerte. Un ángel negro que le recuerda al humano de su humanidad, y que lo deja sin palabras para responder o armas para defenderse. El humano está indefenso ante sus ataques y con desvergüenza y cinismo la muerte llega cuando quiere y envenena a las personas con el mismo veneno que este niño estaba probando.

Él lloraba y lloraba más, pero su llanto se detuvo cuando sintió sobre su espalda el suave acariciar de dulces e inesperados copos de nieve. Levantó su vista y vio que la lluvia había cesado y el viento había dejado de soplar. El río que había crecido por la tormenta, se desaparecía de entre sus manos que todavía estaban puestas en tierra. Lentamente se levantó, y puesto de pie secó su rostro de las lágrimas que estaban en sus mejillas, volteó la vista al cielo y veía los copos de nieve caer lentamente alrededor de él, frente a él y sobre de él. Esta caída de nieve había tomado por sorpresa a todos—los polteros estaban visiblemente confundidos. Pero aunque la nevada no había sido planeada, sí era muy necesaria, porque la inocencia de cada copo de nieve fue suficiente para ahogar todo viento de perversión que había soplado con furia esa tarde. El aire que se respiraba ahí era de maldad y tensión, pero la nieve lo convirtió en fresca y armonía, una tranquilidad sobrenatural y una paz que sobrepasaba todo entendimiento humano.

El niño cerró sus ojos para sentir las caricias que tranquilizaban su interior. Ya pasada la tormenta, y sin los polteros golpeando al gran árbol, un increíble silencio inundó todo el bosque—la paz llegó después de la tormenta. El chico suspiraba con sus ojos cerrados y respiraba un aire fresco, frío y limpio. Levantó sus manos al cielo y absorbió cuanta paz le cupo en su pequeño corazón. Cuando

abrió sus ojos otra vez, vio que la blanca nieve estaba sepultando al gran árbol. Capas blanquizas que parecían más bien diminutos diamantes que brillaban con resplandecer, arrojaban al árbol con delicadeza y mucha sobriedad, como la muerte de un héroe que es honrada con honores reservados solo para los más valientes. Los animales que habían venido a defender al romisonte se inclinaron ante la tumba del árbol. Los lobos rompieron el silencio con sus espectaculares aullidos y los leones y tigres los acompañaron con rugidos que celebraban la vida que acababa de morir. Las ramas de otros árboles acumulaban la nieve que caía y las aves que seguían allí aleteaban para limpiar sus plumas de este polvo mágico.

Los animales observaban al niño con una intensidad que lo hizo sentir extraño. No sabía cómo, ni por qué, pero era como si ahora él fuera parte de ellos. Parte de su corazón se quedó allí y parte de ese romisonte se fue con él. No lo sabía aún, pero ya era parte de la Resistencia.

Cuando el romisonte quedó cubierto de nieve, todos los animales, aves y dragones dejaron de gemir. Se hizo un intenso silencio en ese alrededor que solo fue roto por el sonido de las grandes naves que todavía sobrevolaban el bosque. El cúmulo de nieve escondía lo que había sido un gran romisonte. Pero su muerte no fue en vano, y pronto el llanto se convertiría en danza, las lágrimas en risas y la muerte en vida. Era solo cuestión de esperar lo que desde la eternidad ya había sido decretado.

Los polteros comenzaron a celebrar su terrible acto. Sin respeto por la vida ni miedo por la muerte, se subían sobre la tumba del árbol y bailaban sobre él, celebraban la crueldad, se reían de su mal. Clavaban sus lanzas y espadas en el árbol. Lo pisaban, saltaban sobre él. Enterraban sus armas en la nieve para encontrar y luego cortar las raíces del árbol. Las levantaban al aire como trofeos de



su gran logro, y gritaban con aullidos animales para celebrar su maldad.

Después de unos minutos, cuando se cansaron de su crimen, se subieron a la nave. Guardaron sus terribles lanzas con las que habían matado al romisonte. Comenzaron su cobarde retirada, pero se dieron cuenta que ya no reinaba la obscuridad, sino que la nieve que aún seguía abrazando el bosque iluminaba de blanco resplandor ese lugar. Aventaron al chico a una silla fría de metal que estaba dentro de la nave. Lo abrocharon con cadenas pesadas preparándose para partir. La compuerta se cerraba lentamente, y mientras se cerraba, el chico veía la suave nieve, blanca e inocente, llena de paz y vestida de diamantes que brillaban con majestad y gloria. Vio la tumba del árbol muerto, golpeada por los polteros y con pedazos de madera que habían logrado arrancarle, pero antes de que se cerrara la puerta, el chico se dio cuenta de que el bosque entero lo miraba con esperanza y fascinación—árboles, aves, leones, panteras y elefantes se le quedaron viendo—la era del reino del Rey estaba por comenzar. Lo miraban con esperanza de volver a verlo muy pronto y con esperanza de que esto no sucediera nunca más.

La compuerta se cerró con un gran ruido que lo hizo saltar en su lugar. Por unos segundos no pudo ver nada por la obscuridad de adentro, pero pequeños focos de luz blanca se encendieron para iluminar el interior. El chico vio a su alrededor y observó detenidamente su nueva cárcel. Había asientos para todos los tripulantes, botones parpadeaban sin aparente control en una esquina y una caja especial guardaba el *lanzatritor* que estos malvados soldados habían recién ocupado. Sintió el brusco desprender de esta ave metálica y su corazón volvió a latir rápidamente con toda clase de emociones mezcladas unas con otras—miedo, angustia, nervio y mucho cansancio. De pronto, sus ojos se sintieron tan pesados que no tuvieron otra opción más que fundirse uno con el otro. Se

quedó dormido, descansando, tal vez tratando de soñar que todo había sido una pesadilla. Pero no fue un sueño, fue algo más que real. Despertaría otra vez, y esta ocasión no se encontraría en el Bosque Oscuro.

Hoy, un romisonte había caído. Pero éste no sería el fin. Esta historia solo está comenzando, y será la aventura más grande de todos los tiempos.